SAN CUGAT

MONOGRAFIA HISTORICO DESCRIPTIVA DEL MONASTERIO

Por LEOPOLDO PUIG, 1920

EL VIAJE

Muellemente sentado en uno de los lujosos vagones de los ferrocarriles de Cataluña, puesto el tren en marcha, -pasamos a lo largo de la calle de Balmes, vía notable por sus suntuosos y modernos edificios, dejamos atrás el Apeadero y entramos en la populosa barriada de Gracia; pasa luego el tren por la pintoresca- barriada de San Gervasio, donde el viajero se extasía en la contemplación de los bellos y artísticos chalets rodeados de magníficos y espaciosos jardines, al igual de las coitages inglesas, que en una sucesión casi no interrumpida van bordeando el camino, que seguimos hasta entrar el tren en la antigua villa ele Sarria, formando un conjunto bello y caprichoso, que nos deleita la vista y nos alegra el espíritu, que se remonta a las más altas regiones de la poesía.

Sale el tren de Sarriá empezando a recorrer el nuevo trayecto recientemente abierto a la explotación; después de pasar dos pequeños túneles llegamos a la boca del que atraviesa la montaña llamada de Vallvidrera, donde no podemos menos de admirar el grandioso trabajo del hombre al contemplar esta gran obra de la ingeniería moderna.

Alzase a la boca del mismo la Estación del Funicular de Vallvidrera, el paso de la montaña dura unos tres minutos; al llegar al otro extremo del mismo distinguimos un modesto Apeadero llamado de la Teula, debido a la proximidad de la fuente de dicho nombre, bien conocida no solamente de nuestros excursionistas sino de la mayoría de los barceloneses; apenas al arrancar el tren, vemos en una hondonada, junto a un torrente, la no menos celebrada fuente de la Manigua, que nos hace pensar en campestres y opíparas comidas, donde el espíritu se solaza y el cuerpo hace salud.

Corre el tren en vertiginosa carrera, pasando entre frondosos bosques de pinos; llegamos a Las Planas, sitio agreste hasta hace poco tiempo y centro hoy do bullicio y buen humor, debido al gran número de hoteles y merenderos, que al igual que las setas han nacido en terrenos abonados.

Más allá de esta última estación muéstrese el paisaje en estado primitivo; doquier volvemos la vista distinguimos grandes bosques, altas montañas, que va el tren dejando atrás púa enfrascarse en las extensas llanuras del Vallés, a los pocos minutos, mientras estamos contemplando los grandiosos panoramas, nos saca de nuestro ensimismamiento el silbido del tren, miramos ansiosos y vemos allá en lontananza un conjunto de casas pequeñitas, que a medida que se van agrandando vemos que es el pueblo que no anuncia el término de nuestro viaje; a un lado del mismo distinguimos una mole grande, negruzca, cuyas siluetas nos parece, llevados en alas de la fantasía, un coloso que vela el sueño de la dormida población que descansa a sus plantas. El pueblo es San Cugat; el coloso es la abadía.

En todo este trayecto desde la plaza de Cataluña hasta el final, hemos empleado unos tres cuartos de hora.

Para el tren, y como somos curiosos, nos encaminamos hacia este gigante, que nos recuerda con sus carcomidas piedras y sus paredes agrietadas, algo nuestro, la historia de nuestra patria, las gestas de nuestros antepasados.

HISTORIA

(Desde su fundación a la dominación árabe Inclusive)

Antes de empezar a la descripción del Monasterio y bellezas en él encerradas, consignaremos o haremos breves indicaciones respecto a la historia del mismo.

Parece que existió en el sitio donde está enclavado dicho monasterio, allá por los tiempos de la dominación romana, un castillo, fortaleza que, según se ve, lo mismo servía para la defensa de la región que de cárcel de sus obscuras mazmorras salieron un día para el martirio Cucufate y dos días más tarde sus discípulas Juliana y Sempronianas, hoy día patronas las dos de la ciudad de Mataró. El martirio de dichos santos ocurrió en tiempo de Maximiano.

Pasaron años y aquella mansión de tortura desapareció para dar albergue precisamente a los descendientes de aquellos santos mártires, que regaron con su sangre el suelo de nuestra querida patria.

Vamos a explicar la dominación árabe. Dueños ya de casi toda España, querían sojuzgar a Cataluña. La media luna se paseaba triunfante por casi todos los ámbitos de la península Ibérica; sólo en Barcelona y una pequeña extensión de su territorio, un puñado de valientes catalanes, enarbolando el sacrosanto pendón de la cruz y centuplicando sus ya mermadas fuerzas, oponían una desesperada resistencia; fundándose había el Condado de Barcelona, apoyado por los francos, cuyos reyes, para salvaguarda suya, apoyaban a los catalanes en su noble empresa, pero las bases de este condado, a pesar de todo, no eran lo bastante sólidas; bastó que entre los árabes apareciese un célebre caudillo llamado Almanzor, para que estuviese a punto de derrumbarse la gran empresa de la Reconquista.

Invadió dicho caudillo las tierras del entonces reducido condado, matando a sus habitantes, talando las tierras e incendiando los villorrios que encontraba en su desenfrenada correría; presentóse un día delante de los muros del Monasterio y aquellos monjes, mitad religiosos y mitad guerreros, le opusieron una tenaz resistencia, pero no les valió su sacrificio; vencidos por el número, ya que no por el valor, perecieron-casi todos en la demanda, incendiando los agarenos los valiosos manuscritos y papeles que se guardaban en dicho monasterio, replegándose los que pudieron escapar a Barcelona, donde su unieron con las fuerzas del conde Borrell I, que se preparaba para defender la capital del condado: inútil sacrificio: la ciudad de Barcelona sucumbió también a los seis días de asedio, retirándose por último aquel puñado de valientes a las montañas vecinas antes de abjurar de su fe.

Pasó algún tiempo; ayudados los catalanes por Carlo-Magno, pronto se rehicieron, y a su hijo Ludovico Pío le cupo la honra, junto con las tropas del esforzado conde, de apoderarse de nuevo de Barcelona.

ASESINATO DE UN ABAD

Día nefasto fue para el Monasterio el de Navidad de 1351, en que fue alevosamente asesinado el entonces abad Viura; veamos como acaeció el hecho y las causas que lo motivaron.

Don Raimundo de Saltells era un rico propietario de Sardañola, y viéndose en peligro de muerte, instituyó heredero universal de sus cuantiosas rentas al Monasterio, con la expresa obligación por parte de los monjes, de pasar una renta anual de 10.000 sueldos barceloneses, caso de presentarse a reclamarlos un hijo suyo, sujeto de vida dudosa, llamado Berenguer, y una respetable cantidad que dejó a su esposa; según se desprende al otorgar testamento dicho Raimundo Saltells, ignoraba si existía o no su hijo. El testamento fue otorgado en febrero de 1348; al poco tiempo murió dicho señor, pasando sus propiedades en poder de los monjes, quienes las disfrutaron muy pocos años, presentándose a reclamar el hijo del difunto, no conformándose con lo que le pareció mezquina pensión, y avistándose con el entonces abad llamado Biure, le pidió ampliara la asignación hasta 47,340 sueldos barceloneses. Caso tan serio no podía resolverlo el abad, quien dijo lo consultaría con la comunidad y sus superiores; sin duda la contestación no fue del agrado de Berenguer o quizás se retrasase más de lo que deseaba; lo cierto es que en una nueva entrevista con dicho abad le señaló un plazo que vencía en la noche de Navidad del propio año de 1351.

El término del plazo se acercaba y en un pueblo cerca de Tarrasa (no dicen las crónicas cual) se reunieron Raimundo, Vinaderio, Berenguer, Roseta, Antico Figuerola, Pedro Colón, Gabriel Noguera y el hijo del difunto Saltells, quienes maquinando un plan sacrílego se dirigieron a la Abadia, y puestas unas barbas postizas que al efecto llevaban, permanecieron escondidos dentro del Monasterio aguardando la noche, y cuando' reunida en la Iglesia la comunidad cantaban los monjes los maitines, espada en mano y saliendo de su escondite, arremetieron los facinerosos contra los indefensos frailes y en la refriega dieron muerte al abad.

Este asesinato sacrílego no podía quedar impune; así es que, levantado el somatén en toda la comarca, pronto cayeron en manos de la justicia los asesinos, quienes, después de ser excomulgados, fueron condenados en las Cortes de Perpiñán del propio año, presididas por el rey Pedro IV, siendo sentenciados a la última pena; ignorase en dónde y cuándo fue ejecutada dicha sentencia, pero es de suponer que lo fuera en Barcelona.

Tal fue el final trágico de dicho abad.

CORTES EN SAN CUCUFATE

En tres fechas distintas se honró la Abadía albergando en la misma los representantes de los tres brazos, el clero, la milicia y el brazo real o popular; en tres veces distintas se dictaron leyes y reglamentos para el bienestar de la nación.

La primera vez que vemos constituirse las Cortes en dicho Monasterio fue en tiempo del rey Don Juan, siendo abad el reverendo Bernardo Tarens,

Años más tarde, siendo abad, Berenguer de Rajadell, volvieron a dictar leyes los en aquel tiempo representantes de la nación. En tiempos del abad Bernardo de Estruch (1416 a 1419) se reunieron las últimas Cortes de que tenemos noticia, presididas por Don Alfonso IV; hecho

importante de las mismas fue el ofrecimiento del Principado de armar una poderosa escuadra, destinada a las guerras de Sicilia y de Cerdeña.

Desde esta última fecha desaparecieron para siempre de sus claustros aquellos ilustres varones que, nombrados por la Nación, a la Nación encaminaban por el sendero dé la gloria y de la grandeza.

FELIPE II VISITA EL MONASTERIO

Corría el año 1585, y el católico monarca Felipe II tuvo deseos de conocer el ya entonces antiguo Monasterio, como le verificó viniendo de Barcelona acompañado del príncipe, su hijo, la infanta Doña Isabel, la duquesa de Vera y un gran séquito de caballeros y nobles. Hizo su entrada por la puerta mayor de la iglesia, donde salió a recibirle solemnemente toda la Comunidad, adorando el monarca la santa Cruz que le fue presentada por el abad de la Portella.

Aquella noche, que fue del 16 de junio del propio año, tuvo el Monasterio la honra de albergar dentro sus muros a este célebre monarca, árbitro de los destinos del mundo: reconocida la Abadía por tan insigne favor, al marcharse. al día siguiente, regaló al monarca cuatro terneras, veinte corderos, doce cabritos, veinte y cinco pares de gallinas y treinta y cinco pares de pollos, regalo que fue muy del agrado de Felipe XI.

PRINCIPALES ABADES.

Para no cansar al lector con nombres y cifras del sin número de abades que han regido desde la antigüedad-los destinos del Monasterio, solamente haremos mención de los que se han distinguido por algún hecho memorable; así tenemos que el primero nombrado por Carlo Magno fue Deodato o Teodor (785 a 818); dicho abad murió mártir.

Odegarius u Odegari se le supone abad desde el año 866 al 868, siendo en tan poco intervalo de tiempo perdida y reconquistada Barcelona, siguiendo el Monasterio las vicisitudes porque pasó nuestra ciudad, desapareciendo todas las escrituras antiguas que se conservaban, siguió a éste Odilos u Odilo (874 al 878), que recibió del obispo de Barcelona, Teodorico, las iglesias de San Silvestre y Santa Leda.

Wigo; se sabe de este abad que firmó en 945 el acta de consagración de la Iglesia de San Pedro de las Puellas, de Barcelona.

Alaricus de Sala (960 a 965); se sabe que hizo donación de un huerto contiguo al monasterio de San Pedro de las Puellas.

Abad Juan (974 a 986); murió defendiendo el Monasterio junto con 11 monjes en la invasión de los sarracenos.

Pasada dicha invasión sobre las cenizas y ruinas del antiguo monasterio, comenzó a edificarse otro nuevo, que es el que admiramos hoy día, engrandecido en siglos sucesivos hasta que en 1835 otros bárbaros peores que los árabes, lo redujeron a las llamas, quemando su célebre archivo y biblioteca.

El sucesor del abad Juan, fue Otón, a quien corresponde la gloria de reedificar la Abadía, para poder dar vida a aquel montón de ruina aun humeantes; nos describe el señor Peray en su monografía del Monasterio, los esfuerzos sobrehumanos que únicamente un varón dotado de mucha fe y celo religioso es capaz de llevarlos a cabo; reunió primeramente los dispersos monjes, empezando la obra magna de dicha restauración; falto de recursos, hizo un viaje a la Corte del rey de Francia, Lotario, alcanzando que confirmase al Monasterio todos cuantos privilegios que sus antecesores le habían otorgado; recorre, infatigable, al Sumo Pontífice, y obtiene de la santidad de Silvestre II la célebre bula del año 1002, en la que se conceden de nuevo y se confirman al Monasterio cuanto privilegio le habían sido otorgados por la Sede Apostólica, entre ellos el de no depender de ningún obispado, sino directamente de Roma. Otón, años más tarde fue nombrado obispo de Gerona, creyéndose que no renunció a la Abadía hasta el momento de marchar a Córdoba, dejando por sucesor suyo é Witardo. Murió dicho abad en una batalla, siendo su cadáver llevado al Monasterio, según hemos dicho anteriormente.

Witardo o Guitar (de 1010 a 1050) le cupo la honra de edificar el claustro, para cuya obra vendió al conde Ramón y a su mujer Ermensiada bienes que el Monasterio poseía en Tarrasa y Ullastrell.

En tiempo de Audegarius Domuncius, fue donada al Monasterio la iglesia de Masquefa.

Andrés Riculfus le cupo la gloria de haber descubierto las reliquias del mártir San Cucufate.

Berenguer Folch (1091 a 1104); fue obispo de Barcelona y obtuvo del conde Berenguer III la unión de los Monasterios de Santa Cecilia de Montserrat y Sant Llorens del Munt al Monasterio de San Cugat del Vallés y otros privilegios.

Alerand de Sarriá (1146 a 1150); fue, con las tropas del conde Ramón Berenguer IV al sitio y toma de Tortosa.

Pedro de Amenis, obtuvo del rey Don Jaime el Conquistador varios privilegios para el Monasterio.

Bernardo de Vallseca (1339 a 1348); construyó la capilla y el altar de San Antonio Abad.

Jaime de Moncorb, fué abad desde 1411 a 1415, y bajo su dirección pintó Luis Borrassá el admirable retablo llamado de Tots Sants.

El último abad que rigió los destinos del antiguo Monasterio fue Lino Matías Picado y Franco, quien en los días de prueba del año 1835 dio grandes muestras de entereza, procurando salvar del incendio y la ruina lo mejor del Monasterio.

INCENDIO Y DESTRUCCIÓN DEL MONASTERIO EN 26 DE JULIO DE 1835

Enterado un panadero de Rubí, llamado Antonio Plans, lo sucedido en Barcelona en la tarde del día anterior y de lo que se maquinaba por unos desalmados de Rubí contra el monasterio, mandó de noche cerrada a un hijo suyo con una carta para el abad Picado, denunciándole la horrible trama; al siguiente día dieron las campanas del monasterio el toque de misa, a la que

asistieron imperturbables los diez monjes que a la sazón había en la santa casa, quienes, presididos por su abad, hicieron los rezos cotidianos, a pesar de no ignorar lo que se estaba tramando para aquella noche.

Aquella tarde se rezó el santo Rosario, según costumbre, dando los monjes pruebas irrefutables de su gran serenidad.

Se sabe que los. facinerosos, venidos unos de Rubí y otros de Barcelona, permanecieron escondidos durante todo aquel día en una casa de la calle Mayor del pueblo de San Cugat, y que, ya de noche oscura, tomaron sus medidas para proceder al ataque del Monasterio; enterados los monjes, se refugiaron en casas amigas; solamente uno quedó retrasado, que fue perseguido a tiros, por los asesinos, no logrando alcanzarlo; al ruido de los disparos se echaron los facinerosos a la calle, presentándose en tropel delante las puertas que permanecían cerradas, pegando fuego a las mismas e incendiando luego las otras estancias de dicho Monasterio, y cuando todo ardía después de saquear lo que pudieron, desaparecieron aquellas furias en la lobreguez de la noche, dejando solamente tras sí la ruina, el llanto y la destrucción.

Así terminó la historia del Monasterio.

HISTORIA DE SAN CUCUFATE

Al tiempo que Daciano, enviado por Presidente de los emperadores Diocleciano v Maximiano, llegó a España para regarla con la sangre de los mártires y tratar de extinguir la religión cristiana, hubo en una ciudad de África llamada Scilitana, dos caballeros cristianos, los cuales, habiendo estudiado las buenas letras en la ciudad de Cesárea y hecho gran progreso en ellas, oyendo decir la llegada de Daciano a España y los propósitos que tenía de perseguir al naciente cristianismo, animados de un gran celo religioso quisieron alcanzar la corona del martirio, a cual efecto, entrando en una nave cargada de mercaderías y en traje de mercaderes, llegaron a Barcelona, donde se juntaron con los demás cristianos que allí había, y después de haber estado allí unos días dando limosnas para los pobres, esforzando a los cristianos y exhortándoles a que se armasen y aparejasen para la batalla que esperaban, se concertaron entre sí, que Félix, que era el otro compañero de Cucufate, fuera a Gerona, y que él se quedase en Barcelona; aquí predicando y haciendo el Señor _por su intercesión muchos milagros, llegó a oídos de Daciano, quien lo mandó encarcelar y atormentar varias veces con refinados y atroces tormentos; por tres jueces diferentes se verificó dicho martirio; el primero se llamaba Valerio: mandó éste que doce soldados, descansando y reanudándose unos a otros, le atormentasen, y lo hicieron con tanta crueldad, rasgándole las carnes por los lados y por el vientre, que las entrañas se salían del cuerpo. Hizo el santo oración y Dios le sanó tan perfectamente como si no hubiera padecido aquellas penas, y en castigo a su perversidad los verdugos quedaron ciegos, y el juez, dice el Año Cristiano, que se abrió la tierra, tragándoselo vivo.

A este sucedió Maximiano, y debiendo escarmentar en cabeza ajena no lo hizo; antes bien, siguiendo la impiedad de Valerio, mandó asar el santo en unas parrillas, echándole por el cuerpo mostaza y vinagre; al ser echado al fuego, dice el año cristiano que hemos consultado, se apagó la hoguera, y vuelto a la cárcel, la oscura mazmorra quedó de improvisa iluminada

por una brillante luz celestial, convirtiéndose al cristianismo los guardas ele la cárcel. Otros martirios sufrió el santo, hasta que fue degollado por orden do Rufino, sucesor de Maximiano: acaeció el martirio en 25 de Julio.

No se sabe de qué manera, una vez muerto el santo, sus restos fueron a parar a la iglesia de San Dionisio de París: lo único que parece ser cierto es que Ludovico Pío los trajo a Barcelona y más tarde al Monasterio de su nombre.

DESCRIPCION DEL MONASTERIO

Contempla el viajero una inmensa fábrica circuida por la parte del Mediodía por un muro que correspondía a las antiguas murallas, flanqueado por torres, la mayor parte en ruinas, que, formando ángulo, siguen por la parte de Occidente hasta reunirse con la abadía, protegiendo el templo, que queda encerrado dentro del mismo, de manera que a no ser el rosetón

FOTO CASA RECTORAL Y MUSEO

del frontis, se creería visto de lejos, una de aquellas fortalezas que aún queda alguna en Cataluña; a mano derecha de la iglesia hallase el claustro, que es bizantino, constando cada corredor de diez y ocho pares de columnas, que son dignas de admirar, por la variedad de flores, figuras y asuntos religiosos que presentan sus capiteles; sobre ellas cargan los macizos arcos semicirculares, encima de los cuales, en la parte exterior, corre una línea de pequeñas curvas, apoyadas ya en cabezas, ya en grupos; de flores, a modo de cornisa, sobre la cual se levanta otro piso con sus correspondientes claustros, cuya labor es bastante más sencilla y

que se construyeron posteriormente: existe una puerta que conducía a la iglesia y sigue hoy día se halla tapiada; en medio del patio levantase un antiguo surtidor.

Dejemos el claustro y vamos a la iglesia. En su entrada admiramos un rico rosetón de estilo gótico, que nos recuerda la catedral de Tarragona: la iglesia consta de tres naves, más alta la de en medio que las otras dos: sobre una planta. como hemos dicho, de tres naves, eminentemente bizantina, levántense ocho machones cuadrados, al igual de las iglesias de moderna construcción, demostrando la antigüedad de la misma únicamente los capiteles.

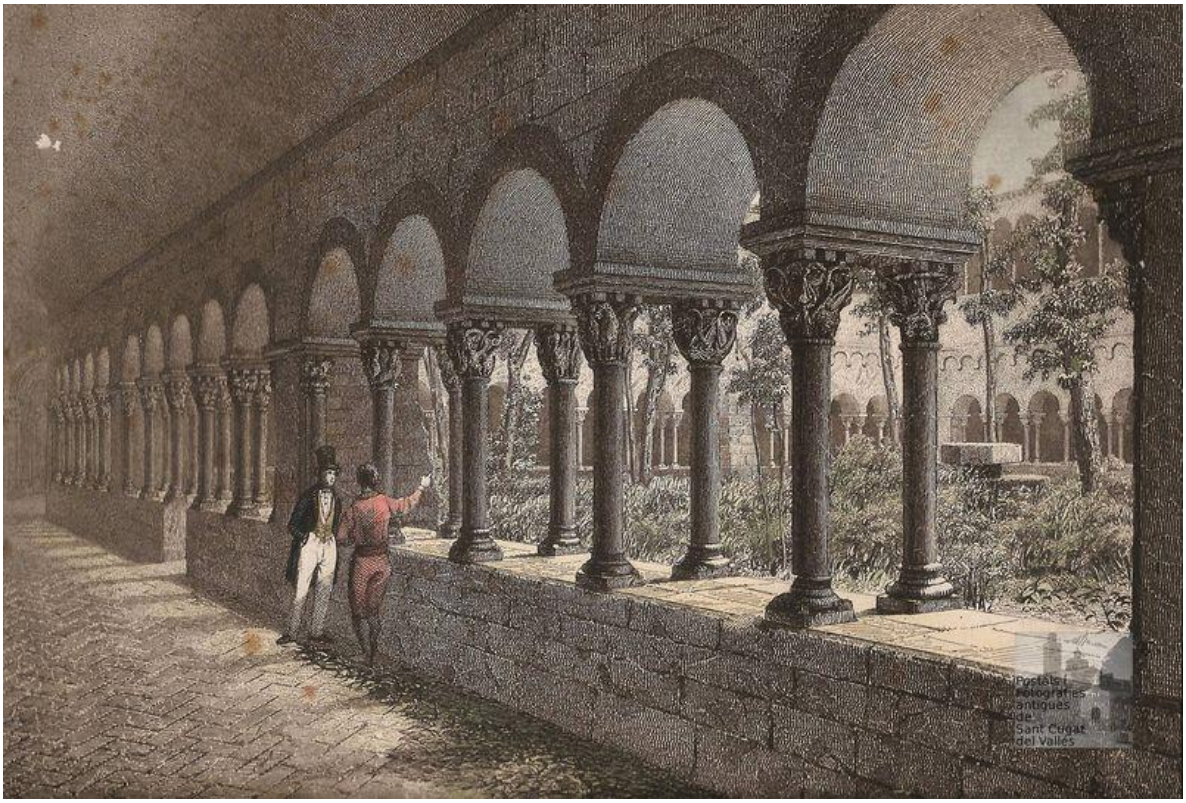
Hay en este templo una joya de gran mérito; nos referimos al altar mayor, que es obra gótica, rival de la catedral de Barcelona, siendo tan parecidas que muy bien podrían ser construidas por el mismo artífice: compuesta de tres compartimientos, ocupando el principal la imagen de San Cucufate, que es una obra de gran delicadeza; en los lados véanse sobre un campo oscuro unos dibujos dorados, a modo de fajas; quedan dividido estos compartimientos por unas pilastras gótica, que se confunden con el magnífico remate.

La iglesia es pobre en sepulcros; en la nave de la izquierda se ve el sepulcro, del célebre abad Otón. Digna de admirar es la piedra que constituye la mesa del altar mayor, que es de una sola pieza, y según parece, procede de alguna cantera de Montjuic; tiene 3,50 metros por 2 metros y su gruesos de 0,35 metros; al contemplarla pensamos los grandes sacrificios y trabajos que costó el traerla donde está. Otros altares podríamos describir, pero sería alargar excesivamente nuestro trabajo; sólo diremos que los altares laterales son de estilo barroco y en ellos se veneran las imágenes de Santa Escolástica, San Benito, San Bartolomé y la Virgen de la Piedad.

ANTIGUEDAD DEL MISMO

Un diploma indubitado de Lotario confirma los privilegios que fueron concedidos a la Abadía de San Cucufate en tiempos de Luis y Carlo-Magno, demostrando dicho documento la existencia de la primitiva Abadía. Hemos dicho en otro lagar que las victoriosas tropas de Almanzor destruyeron sus edificios y quemaron sus papeles; pasada la incursión y desaparecido el peligro de otras nuevas, al año siguiente el abad Otón, cuyo sepulcro se halla en la Iglesia, comenzó la fábrica del nuevo templo, que es el que hoy admira el excursionista; parece ser que dicho abad, que también era obispo de Gerona, no pudo dar remato a la obra, que fue terminada por Witardo, sucesor suyo, con la ayuda que le prestaron los Condes de Barcelona.

El retablo existente en el altar mayor es bastante más moderno, pues lo mandó construir el abad Galcerán de Solá, y costó 5,000 libras catalanas. Dicho abad rigió el Monasterio del año 1306 al 1333.



CLAUSTROS

El altar llamado de Todos los Santos, mandólo construir al abad Geraldo Casclarino, según se expresa en una lápida; construyó no sólo el altar si no la totalidad de la capilla; murió en 1294.

En 1752 el abad Gayolá mandó construir el hermoso lavamanos de mármol de diferentes colores, a cuyo rededor se lee la siguiente inscripción:

Octaviani Augusti Castrum (castillo de Octaviano).

El claustro fue empezado por Witardo, quien sin duda andando escaso de dinero para tan grande obra, vendió varias posesiones de la Abadía al conde Don Ramón Borrell III y a su esposa Doña Ermesindis, venta que se verificó en 25 de octubre de 1014, recibiendo dicho abad 25 onzas de oro, con que pudo acabar de sufragar los gastos de dicha construcción. Se ignora el nombre del artífice que erigió el templo; el que erigió el claustro fue un tal Arnaldi, según se desprende de una inscripción grabada en un sillar, que dice:

Haec est Arnali sculptoris forma coeli qui claustrum talie construxit perpetuale.

MUSEO

En el primer piso de la casa Parroquial existe un pequeño museo, donde se pueden admirar algunos capiteles procedentes del Monasterio, muebles antiguos, escrituras y un Santo Cristo de marfil, verdadera preciosidad que data del siglo XVII.

Otros muchos objetos poseía el Monasterio que por orden superior fueron trasladados al Museo Diocesano. Sin embargo, lo poco que queda en el mismo es digno de verse.

RELIQUIAS

Muchas y valiosas eran antiguamente las que poseía este Monasterio, la mayor parte suponemos desaparecidas en las diferentes vicisitudes porque ha pasado el mismo; las principales de que tenemos memoria son: varios huesos de San Cucufate. patrón del Monasterio; algunos o la mayor parte de los mismos fueron regalados a la parroquia de San Cucufate de nuestra ciudad en 6 de Enero de 1628 y que por cierto fuérenlos a buscar en solemne procesión, en la que iban el entonces virrey, los concelleres de Barcelona, en unión del prelado y cabildo, siendo recibidas dichas reliquias de manos del abad Fr. Francisco de Eril, la entrega fue, según parece, a ruegos del cura párroco Don Pablo Llavallol y los obreros de la parroquia.

Contaban, además, entre las reliquias, el cuerpo entero de San Medí, agricultor que fue de la comarca; de San Cándido, uno de los jefes de la Legión Tabea, poseían el cuerpo entero encerrado en un cofre; estaba en la capilla de San Miguel.

Poseía la comunidad las cabezas de San Juan y San Pablo, el cuerpo entero de Santa Fe, un brazo del apóstol San Simón, otro de San Tadeo, un hueso encerrado en un reliquiario de plata del antes beato y hoy santo, José Oriol.

Varios restos de los santos Luis Gonzaga e Ignacio de Loyola completaban el conjunto de las valiosas reliquias que poseía el Monasterio.

En 1860, nos cuenta el canónigo Barraquer en su obra «Las Casa Religiosas de Cataluña», el vicario coadjutor de San Cugat, Dr. José Vallet, halló en la sacristía de dicha parroquia seis cajas antiguas con estas o quizás otras reliquias, quien, después de catalogarlas convenientemente, las colocó de nuevo en sus respectivas cajas.

ROMERÍAS

Fue en todo tiempo centro de grandes e importantes romerías; por su iglesia desfilaron en la Edad media ilustres personajes, esclarecidos obispos y cardenales; incluso monarcas vinieron a postrarse al pie del Todopoderoso, rogando por sus reinos y adorando las sacrosantas reliquias que poseía el Monasterio

No quiere esto decir que tuviese la importancia que desde remotos tiempos ha tenido el monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, pero diremos que después de éste fue uno de los más concurridos de Cataluña.

LA VILLA

Tiene la villa de San Cugat unas 2,500 almas, número que seguramente aumentará dada la excepcional proporción de tener estación de Ferrocarril; pertenece al partido judicial de Tarrasa, está su término rogado por varios torrentes que forman una riera afluente del Ripoll, situado el pueblo en la carretera de Valls a Caldas de Montbuy por Vendrell y Vilafranca del Panadés, en el trayecto ele Molins de Rey a Sabadell.

Es una villa antiquísima; sus calles son bastante tortuosas; es digna de mención por su grandiosidad la plaza de Octaviano, en uno de cuyos lados se levanta el Monasterio.

RESUMEN

En los 'ojos de la imaginación te veo, grandioso Monasterio, semillero de doctos e ilustrados varones, que con su saber enaltecieron y dieron día de gloria a nuestra patria. Al pasar por tus claustros medio arruinado, me parece vivir y ver todas las páginas de tu historia, que se me representa no sólo en tus faustos sucesos, sino en tus calamidades.

Me imagino en los oscuros tiempos de las persecuciones a tu santo patrón y las dos vírgenes Juliana y Semproniana, que antes de abjurar de su fe prefieren la corona del martirio; veo más tarde a la media luna triunfante matar al abad Juan con sus once monjes, el Monasterio envuelto en llamas y desaparecer tus archivos y bibliotecas.

Ante mis ojos se me representa la mano alevosa del hijo de Saltells, asesinar dentro de la iglesia al indefenso abad Biure, y contemplo en tiempos modernos vociferar las turbas y correr como fieras hambrientas con la tea incendiaria en una mano y el puñal en la otra dando alaridos por tus venerados claustros, sembrando doquier la desolación y el exterminio, destruyendo insensatos en una noche la labor de diez siglos.

Vuelvo la vista horrorizado de este cuadro de salvajismo y me parce contemplar las grandes datas de la historia del Monasterio, cuando los Condes de Barcelona, los reyes de Aragón y más tarde los de España se honraban visitándote y daban a los monjes privilegios y franquicias. Veo cuando reunidas estas grandes asambleas llamadas Cortes dictaban aquellas sabias leyes que tanto y tanto contribuyeron al enaltecimiento de nuestra Patria.

¿Qué queda de toda aquella pompa y esplendor? ¿Qué de aquella celebridad y grandeza? ... Nada; muros que se hunden, lienzos de pared que se agrietan, vigas carcomidas, techos ahumados, algo grande que desaparece y se desmorona ... pero, así y todo, me atraes ... me fascinas ... veo toda tu grandeza, tu sublimidad que me evoca el recuerdo de nuestra historia, la grandiosa remembranza de las heroicas y gloriosas páginas de la historia de Cataluña, y balbuciente mi voz, mi espíritu embargado por la emoción, no puedo menos de exclamar: ¡Yo te saludo, hermoso Monasterio!